

DE LAS FUENTES
DE LA IMPIEDAD.

—
PARTE PRIMERA.

DE LA PRIMERA FUENTE
DE LA IMPIEDAD.

CAPÍTULO I.

Corrupcion del Corazon.

I. *La primera fuente de la impiedad no está en el entendimiento, y sí en la voluntad.*

Siendo los argumentos con que se prueban las verdades fundamentales de la Religión natural de una evidencia tan patente, que apenas propuestos á un entendimiento medianamente libre de preocupaciones, asiente á ellos, y quanto mas los examina tanto mas ciertos los encuentra: y que del mismo modo la Religión Cristiana está marcada con tales caractéres, que la demuestran ciertamente revelada, y por consiguiente verdadera; parece la cosa mas extraña y asombrosa, haya hombres en el mundo que puedan poner en cuestion tales materias, dudar de ellas, y aun negarlas: Por eso nos hemos propuesto investigar las causas y manantiales de este no menos monstruoso, que frecuente fenómeno. Y no

será sin ventaja de la buena causa, ni sin el debido oprobio de los libertinos, cuyo verdadero carácter descubriremos ser bien diverso del que ellos se atribuyen, y con el que pretenden pasar entre los necios é ignorantes.

No hay hombre alguno que se atreva á negar que hay Dios, sino el que quiere que no le haya. Hé aquí pues la primera verdadera *fente de la impiedad; la corrupcion del corazon*. Lo mismo debe decirse de los que declaran la guerra á la Religion revelada: mas por ahora hablaremos solo de los Ateistas: ya porque de los Deistas y Naturalistas se hablará despues; y ya tambien porque todos los que se apartan de la Religion revelada, forman despues ideas tan absurdas de la Providencia y de Dios, y se apoyan sobre principios tan ruinosos, que los llevan al pozo del Ateismo. Además de que, para un cristiano, que abandonó la Religion revelada, esa otra Religion natural de Deistas y Naturalistas no es mas que una quimera, reconociéndose ya por ciertísimo aquel dicho de Fenelon, que hemós mencionado alguna vez: *que entre el Catolicismo y el Ateismo no hay medio razonable*. No hacen, pues, los libertinos la guerra á la Religion, porque sean hombres doctos, sino porque desean ser impunemente criminales. En efecto, aun quando quisieramos conceder, que los argumentos que producen y pueden producir contra la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la divina revelacion tuvieran alguna aparente fuerza, todo hombre sensato y justo nos deberá igualmente conceder, que comparados esos argumentos con las demostraciones evidentes en contrario, y la universal y vehemente inclinacion que tiene todo hombre de asentir á las verdades especialmente naturales, no podrian tener suspenso ni un instante á un espiritu despreocupado, y mucho menos inclinarle á la parte opuesta de la impiedad. Pues esto que no puede hacer la fuerza de los argumentos, lo hace la de las pasiones: y al modo que los teólogos dicen, que un soberano y saludable afecto, al que llaman *pia asencion de credulidad*, mueve y determina al entendimiento á asentir á misterios oscuros y superiores á sus luces naturales; así debemos decir, que un amor perverso ar-

rastra al mismo entendimiento á negar la verdad contra sus propias luces, y á asentir al error, que agrada, sin mas argumentos que su propia inclinacion.

II. *Cómo de la corrupcion del corazon se pasa á la impiedad del entendimiento.*

Para persuadirse que esta y no otra es la fuente de la impiedad, y el carácter de los libertinos, basta echar una ojeada sobre el modo de vivir de los que el mundo titula de este modo. Nacidos y educados con la idea de Dios, de la eternidad, de leyes y de Religion, pero seducidos despues de los incentivos del placer; de la fuerza del interés, ó de la lisonja de otras pasiones, se entregaron desgraciadamente á ellas. Oyen no obstante los gritos de la conciencia que los despedazan, perciben las luces de la Religion que los asustan, ven un Dios juez armado que los amenaza con penas eternas. ¿Qué hacen? Procuran del modo posible apartar la consideracion de tan tristes pensamientos; varian de entretenimientos y de desahogos. Y por desgracia entre el tumulto de las desenfrenadas pasiones, entre el esplendor y el estrépito del gran mundo, logran ensordecir á estas voces incómodas, y á estos remordimientos de sus desórdenes. Pero ¿qué sucede? Resfriado un poco el ardor de los apetitos, ó llegando la noche y la soledad, cata aquí de nuevo la doméstica interna furia ¹, que los asusta, y hace sufrir un disgusto mas amargo, que fué la suavidad de los pasados placeres. *No creais*, decia Ciceron ², *que segun se os representa en las fábulas, sean agitados y atemorizados con las ardientes teas de las furias los que han cometido alguna accion impia y criminal. Su misma criminalidad, y su propio terror es la que les atormenta en extremo: su*

1 Quos conscia facti
Mens habet attonitos, et surdo verbere cædit,
Occultum quatiente animo tortore flagellum.
Juv. Sat. 13, v. 193.
. ultricesque sedent in limine Diræ.
Æneid. iv, v. 473.

2 Cic. pro Sexto Rosc.

iniquidad les agita y pone furiosos, y sus funestos pensamientos y su conciencia culpable les atemoriza. Estas son, estas las continuas y domésticas furias de los impíos. ¿En qué vendrá pues á parar tan doloroso contraste? ¿Escucharán estos justos remordimientos? ¿Seguirán las luces de la Religion? ¿Abandonarán la emprendida conducta criminal? Pero ¿cómo? Ese es un ministro, que llegó á un puesto sublime por medios inicuos, y cuyo engrandecimiento y fortuna tiene por base el axioma del poeta epicúreo; á saber, que.

De lo honesto y lo justo, si se mide,
La misma utilidad sola decide ¹.

Se ha hecho ya bastante atrevido para sacrificar á sus antojos la inocencia débil: en su boca el juramento y la fe están igualmente destinados á autorizar la verdad, ó el fraude: la justicia toma sus resoluciones del interés: los ejercicios de la Religion léjos de purificar su espíritu, solo sirven á disimular su depravacion. ¿Qué hace pues para librarse de los remordimientos de la conciencia, y de los temores que le sofocan? Se esfuerza en poner acordes el entendimiento y la voluntad, de modo que aquél mire sin horror lo que esta quiere con empeño. Procura persuadirse que es verdad lo que desea, y que no lo sea lo que aborrece. El Maquiavelismo práctico se reduce á máxima y teoría; y los documentos de la Religion son citados á un orgulloso exámen, y á una rígida sindicatura. Se discurre al principio de las penas de la otra vida, y de la existencia del Juez eterno como dudando: tomadas despues de memoria algunas blasfemias y sofismas de los libertinos, se mofa descaradamente de ellas. Finalmente, con un esfuerzo, al que verdaderamente la naturaleza resiste, mas al que impele el apetito dominante, se cierran enteramente los ojos á la verdad, y se dice, que despues de esta vida nada resta, que no hay en nosotros sino un puro mecanismo: que el otro mun-

¹ Atque ipsa utilitas justí prope mater et æqui.

Horat. lib. 1, Sat. 3.

do no existe sino en la aprension de los tímidos; y que solamente Lucrecio lo entendió cuando decia:

Temer el Aqueronte es gran quimera:
Vaya este vil temor del alma fuera.

Este es el manantial de la impiedad de aquel ministro á quien el interés sirvió de principal argumento para abandonar la verdad. El ídolo de la fortuna con sus alhagos, y no alguna sublime especulacion metafísica, le hizo apostatar de Dios. Lo mismo debe decirse de aquel joven voluptuoso, que ha sido por muchos años.

De la gula, el placer y el vino esclavo.

Lo mismo tambien de aquel otro hombre cruel, soberbio, prepotente, altanero, mofador de la piedad é idólatra de sus paraceres y de sus gustos; todos estos, y todos aquellos otros que se llaman Libertinos ó Ateistas (lo diré con el testimonio de Bayle) ¹, «son almas» manchadas con todo genero de vicios, y capaces de «las mas feas criminalidades, las cuales reflexionando» que el temor del Infierno viene algunas veces á turbar su reposo, y comprendiendo que para ellos seria «ventajoso que no hubiese Dios, procuran persuadirse» selo á si mismos: *y poco despues*: desde el momento «en que un hombre es capaz de querer ser Ateo, y hacer esfuerzos por llegar á este punto, ya está lleno de» la mas espantosa malicia que puede caber en una alma; y si Dios no hace un milagro para convertirle, «cometerá cuantas maldades pueda aunque no sea posible llegue jamás al punto de ser realmente Ateista. Hé aquí en boca de un reo confeso el verdadero carácter de nuestros libertinos. Hé ahí el manantial del sistema de estos *hombres de gusto*, y la moral de estos *hombres bonestos y de probidad*.

III. *Bayle distingue dos géneros de Ateistas: el uno de ellos es de invencion suya.*

Verdad es que Bayle en el mismo lugar que antes he-

¹ Pens. divers., § 177.

mos citado, distingue dos géneros de Ateistas¹: unos que empiezan, y otros que acaban dudando: y aunque en estos segundos reconozca el carácter que hemos dicho, añade no obstante acerca de los primeros, que de ordinario son falsos sabios, los cuales se precian de raciocinar y de despreciar los placeres corporales: mas como sucede que los que sofocan, ó procuran por pura malicia sofocar el conocimiento de Dios, son los mayores disolutos y los mas obstinados pecadores del mundo; de ahí viene, dice, la opinion de que todos los Ateistas sin diferencia son criminales. Y como esta opinion no le agrada, quiere persuadir al mundo que hay en realidad una clase de Ateos, hombres de gravedad², ajenos de los deleites y vanidades de la tierra.... á quienes una larga serie de meditaciones profundas, aunque mal dirigidas, precipitó en el abismo de la impiedad. ¿Mas quién no advierte en esta distincion de Ateos el artificio con que este gran sofista pretende disminuir el justo horror de todo el género humano á tales monstruos? ¿Luego hombres graves ajenos de los deleites y de las vanidades de la tierra, hombres nacidos y educados en el gremio de la Religion, á sangre fria, como se suele decir, pueden seriamente dudar si hay Dios? ¿Luego hombres de juicio, que es lo que parece significar la expresion de *hombres graves*; hombres no ofuscados ni arrastrados por la tiranía de las pasiones, pueden resistir á aquella evidencia que irresistiblemente ha conducido siempre á todo el mundo á la confesion de esta verdad? No se ciertamente como llamar tal pensamiento, si paradoja ó fatuidad. Sin embargo, este es el teorema predilecto de Bayle; del cual trató largamente en muchas partes, y el que le ha merecido el dictado de *Abogado* y defensor de los Ateistas; que nunca que yo sepa se ha atribuido á otro alguno. No niego que haya grados diferentes de perversidad entre los libertinos, y que no todos están igualmente manchados con todos los vicios; así como también concedo que algunos se encaminan al abismo de la impiedad guiados de raciocinios falaces, en que otros incrédulos comun-

1 Bayle, *ibid.*

2 *Dict. crit.*, art. Desbarreaux.

mente no han pensado. Concedo además, que estos segundos son mas brutales y abominables que los primeros: mas querernos decir, que aquellos son *hombres graves y ajenos de los deleites y vanidades de la tierra*; esto es, hombres de honestas costumbres, sin vanidad y sin orgullo, lo tengo por una paradoja ó una fatuidad. Y aunque la cosa habla por sí misma, examinémosla en sus principios, y veamos si puede creerse haya hombre que quiera ser Ateista no siendo muy depravado. Supongamos un hombre de buenas costumbres, nacido y educado con las luces de la Religion: este ciertamente no tiene interés de que la Religion no sea verdadera: él aprueba los preceptos morales en la especulativa y en la práctica, y conoce que no le prohíben, sino lo que un buen padre prohibiria á su hijo. Considera los dogmas, tales como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, y el hecho de la divina revelacion, y advierte tal evidencia y verdad tan clara de ellos, y experimenta además tal fuerza de persuasion en el entendimiento, que cuantos sofismas puedan inventar los libertinos le parecen sueños ridículos sin la mas mínima fuerza. Por otra parte ve y conoce esta ciertísima verdad, á saber; que aun cuando se engañase en seguir la Religion, no por eso el Ateísmo le amenaza con algun verdadero mal por haber seguido tal engaño; ni le promete algun verdadero bien si le adopta abandonando la Religion, como no sea la libertad de vivir como animal, y la persuasion de morir como un bruto. Pero si la Religion que sigue y ama es verdadera, ella le da la esperanza y el derecho á un bien eterno é infinito, y le amenaza infaliblemente con un infinito y eterno mal, si la abandona por seguir el Ateísmo. ¿Cómo pues será posible que un hombre grave y honesto abandone un partido, en el que sin riesgo de algun verdadero mal puede esperar bienes infinitos, y se aplique á otro en que sin esperanza de algun verdadero bien, se expone al peligro de un infinito y eterno mal¹? ¿Quién es capaz de balancear entre tales extre-

1 Este es el argumento que ilustró Paschal en el cap. 6 de sus *Pensamientos sobre la Religion*. Las primeras semillas de él se encuentran en el discurso de Sócrates en la prision poco antes de morir, referido por Platon en el *Fedon*, t. I. Lo mismo se halla

mos, ó inclinarse á la parte de la impiedad? Seguramente ninguno no siendo un hombre en quien el estímulo de los deleites, y el goce de momentáneos placeres, ó un orgullo excesivo que le haya hecho idólatra de sí propio, sea mas eficaz que la esperanza de infinitos bienes, y el temor de infinitos males. Pues este tal seguramente es un hombre perverso y corrompido. Luego la *corrupcion del corazon es el principio y manantial de la impiedad.*

IV. *Cuáles sean los estudios de la mayor parte de los libertinos, y cuáles los libros que aprecian.*

Pero dejando de hablar por ahora contra Bayle por lo respectivo á este su segundo género de Ateos, de los que deberemos hablar especialmente en otra ocasion, pase-mos á otra reflexion, que sino con la universalidad de la anterior, al menos con claridad igual nos hará conocer que no una meditacion seria, sino sola la *fuerza de las pasiones* es el argumento en favor de la impiedad en la mayor parte de los libertinos. En efecto, ¿cuántos hay entre ellos que ajenos, segun la frase de Bayle, de los deleites y *vanidades de la tierra*, se consagren á esta seria profunda meditacion, y salgan de ella transformados en Ateistas por sistema? Esta meditacion ciertamente deberia ser muy larga y sutil para embotar la evidencia de tantas verdades opuestas, y derribar de la mente á punta de raciocinio toda idea de Religion. Solo el nombre de meditacion es demasiado triste y austero para una

tambien en Arnobio, lib. 4, *adv. Gentes*. Es digno de reflexion particular que Bayle en el t. III del *Diccionario*, donde habla de Paschal, expone el mismo argumento, y reconoce su eficacia; y mencionada una impugnacion de él por un cierto Abate de Villars, dice: *que la refutacion es débil, y no merece ser examinada, etc.* Tambien trató últimamente de impugnar el mismo argumento M. Freret (ó el que se oculta bajo este nombre) en un folleto intitulado: *Exámen crítico de los Apologistas de la Religion cristiana*, cap. 13. Mas toda la censura se funda en no haber entendido el verdadero uso y valor del argumento que impugna, como, Dios mediante, lo haremos ver en la confutacion completa de aquel pestífero libro.

gente que no piensa mas que en recreos y diversiones, que no esperando cosa alguna despues de la muerte juzga perdidas las horas que no van endulzadas con placeres. ¿Cuándo tendrán estos comodidad, ni gusto, ni entendimiento para dedicarse á un estudio de metafísica sublime, cual debiera ser para lisonjearse de áteos por convencimiento y no de corazon, viéndolos como los vemos pasar los dias y las noches en una serie perenne de juegos, de diversiones y de placeres? ¿Es la mesa, el teatro la academia y escuela de sus especulaciones? ¿Son las bailarinas ó las mancebas las directoras de sus estudios, de quienes aprenden los grandes teoremas para derribar de su trono al Dios eterno? No obstante se lisonjean de erudicion y literatura; y los libros que vienen de la otra parte de los montes, componen una parte del nuevo adorno de los gabinetes de las mismas damás. Se les oye hablar en las tertulias de un modo altanero y atrevido, y decidir de cuanto hay mas venerable en la tierra y en los cielos. Sin embargo todo su estudio y sabiduría consiste por lo comun en haber ojeado algun impío y obsceno *Diccionario*, alguna coleccion de Cartas tan atrevidas é insolentes como seductoras y escandalosas, ó alguna otra de Romances y Novelas licenciosas y sacrílegas. Y he dicho *licenciosas*, porque este es el carácter ordinario de los libros en que deben sin duda estudiar sus nuevas doctrinas. Esto confirma á las maravillas nuestro asunto: esto es, que la *corrupcion del corazon*, que se apacienta en tales prados, es el estímulo y prurito que les mueve á alzar vándera contra la verdad. En efecto, Pedro Bayle, el mas experimentado, y quien mejor conoció el genio de tales personas, tomó sobre sí el particular cuidado de servirles completamente; por manera que siempre me ha parecido poderse decir de este autor, lo que de Petronio Arbitro, poeta epicúreo, escribe Huet: «que debe la mayor parte de su fama á sus obscenidades; y que seria menos leído y menos estimado, si hubiese sido mas honesto¹.» Como á la mitad del

¹ *Huetiana*, § 86, Juicio de Petronio. En orden á la obscenidad de Bayle véase entre otros muchos á J. Bernard. *Noticias de la República*. Enero 1707. * Pedro Bayle nació en Carlat, en el Condado de Foix, el 1647. Educado en el Calvinismo por su mismo padre,

siglo anterior habia precedido al novelista de Roterdan

que le sirvió de maestro hasta la edad de diez y nueve años, abjuró esta secta, convencido por el párroco de Puylaurens, donde habia ido á continuar sus estudios en una academia de su secta; pero inconstante volvió á los diez y nueve meses á la Religión reformada, ó por mejor decir, puso el pié para no tener ninguna, porque este fué su carácter. Precicado á retirarse á la Suiza como relapso, sirvió allí de ayo por algun tiempo; y de allí pasó á Sedan á una cátedra de filosofía: tan infiel amigo como buen sectario, burló la vigilancia de Jurieu enredándose en una pasión amorosa con su mujer, á la cual siguió á Roterdan cuando su marido se retiró á Holanda, donde la continuó con una publicidad que llegó á ser escándalo: que la moral de los impios es siempre la misma. Sindicado tambien de haber tenido parte en las maquinaciones políticas del Burgo-maestre Halwin, fué despojado de la cátedra de filosofía é historia, que sus sectarios habian erigido para él: denunciado de nuevo á los Consistorios, y perseguido de ellos mismos por la publicacion de su *Diccionario*, murió en Roterdan el 1706, á los cincuenta y nueve años de su edad. En vano es inquirir por su moral y su Religión: él mismo se definió completamente, cuando preguntado por el Ab. Polignac (despues Cardenal) á qué secta pertenecia: *Soy Protestante*, dijo. — á *Pero Luteroano, Calvinista, Anglicano, etc.*? — *No*, replicó: *Soy protestante, porque protesto contra todo lo que se dice, y se hace*. Sus conversaciones eran tan libres, que aun en las concurrencias donde se hallaban personas del otro sexo, tenia su fruicion en hablar de las materias mas secretas de la anatomía, como pudieran los cirujanos en sus lecciones; y cuando veia sonroseadas á las oyentes, fingiéndose como sorprendido, preguntaba si se le habia escapado alguna indecencia. Sus principales obras son: *Pensamientos sobre el Cometa que apareció el 1680*, donde se arroja á tales paradojas y absurdos, que desde luego se le miró como un impió. *Comentario filosófico sobre aquellas palabras del Evangelio: Compelle intrare*: que es un verdadero tratado de *Tolerancia*, tan alabado por lo mismo de los que la necesitan. Les *Nouvelles de la Republique des lettres*, periódico, donde entre buenas criticas se ven derramadas á manos llenas las obscenidades. El *Diccionario histórico y crítico*, en cuatro tomos en folio, arsenal de todas las impiedades, y del mas absoluto Pironismo; obra, segun él mismo dice en una de sus *Cartas, semejante á un viaje de caravana, en el cual se andan veinte ó treinta leguas sin encontrar un árbol frutal ó una fuente*, En él defiende á cada paso el *Sí* y el *No* en una misma materia; pero con la malignidad de inclinarse siempre contra la Religión y las costumbres; y no parece sino que toda su complacencia era apoyar un error mas bien que la verdad: ni aun las verdades geométricas le

Francisco de la Mothe Vayer¹, insigne pírrónico, y por dicho del mismo Bayle, torpísimo escritor, y por lo tanto un héroe tambien entre los libertinos. A este habia precedido en el siglo antecedente Miguel de Montagne², cuyos *Ensayos* no solamente están manchados con la semilla de la impiedad, sino llenos tambien de una imprudencia cínica, de modo que Bayle defiende sus pro-

merecian atencion. Esto le hizo dar el dictado de *Abogado de los filósofos*. Su talento, decia él mismo en una carta al P. Tournemine, *es formar dudas; pero no son para mí mas que dudas*. ¿Pues porqué las vendia como verdades al género humano? Sin embargo este fué uno de los primeros libros que componian la *Biblioteca de Córtes* en Cádiz.

1 Algunos creen que el scepticismo de este se limitaba á las ciencias humanas.

2 Miguel de Montagne, ó Montaigne, natural de la Quinta ó Casa de campo de este nombre en el Perigord, de la cual era señor su padre, nació el 1533. Criado con una delicadeza singular hasta el extremo de no despertarle cuando niño sino al sonido de instrumentos, porque no se malograrse, no sé si podemos decir que desde entonces empezó á contraer el hábito de no contrariar su genio y gustos. Hecha su carrera con rapidez, despues de haber viajado por la Italia, Alemania y Suiza, fué nombrado para una plaza del Parlamento de Burdeos, y despues Corregidor de esta ciudad, en cuyo tiempo asistió por cuatro años en la corte, y por fin vino á retirarse al lugar de su nacimiento. No es creible el crédito y elogios que han dado los filósofos á sus *Ensayos*, obra á que, segun el parecer de Malebranche, solo puede dar estimacion la corrupcion del corazon humano, como que en ella encuentra cuanto le lisonjea. Segun el carácter del autor abunda en contradicciones: la libertad degenera en licencia: como verdadero cinico nombra todas las cosas por sus nombres, y todo se lo permite. Sin sistema fijo confiesa de sí mismo que « unas veces es modesto, otras libertino: ya verídico, » ya mentiroso: casto é impúdico: pródigo y avaro; todo segun el humor le dominaba. » Vacilante en una duda universal no seguia en su moral y conducta mas guia que sus caprichos: sin embargo en los momentos de calma lamenta lo penoso de este estado, y confiesa que no hay bastantes gracias que dar al Señor porque ha quitado á nuestra creencia la arbitrariedad de las opiniones, y fijado nuestra fe en la base immutable de su divina palabra. ¿Porqué los que le imitan en el error no le siguen en la verdad? Es de notar en sus *Viajes de Italia* el exámen que hizo de los milagros de Loreto; cuya autenticidad confirma, aunque entonces ya hubiese escrito los *Ensayos*. Murió de esquinencia el 1592, de sesenta años de edad.

pios escritos diciendo, que no llegan à la indecencia y al pirronismo de los *Essays de Montagne*. Con las mismas preciosidades están adornadas tambien las obras de Mr. Saint Evremont ¹, que falleció al principio de este siglo en Londres, muy amado de los Ateistas. Lo mismo se debe decir de las *Cartas persianas* ², de las *Judías* y de otros libretes semejantes igualmente dedicados á la impudencia y á la impiedad. Pero á ninguno de estos, aunque posterior en cuanto al tiempo, cede la preferencia la obra de Helvecio intitulada del *Esprit* ³, del que hemos hablado muchas veces.

V. *Lo que aprenden de tal lectura para afirmarse en la impiedad.*

En estas fuentes beben nuestros pequeños Ateistas su ciencia contra la Religion y contra Dios. De aquí sacan primeramente gran copia de sátiras, de cuentos irrisorios, de bufonadas y de escandalosos incidentes, con los

1 Militar francés de la Baja Normandía. Aunque se le dan algunas buenas cualidades, su lengua le llevó tres veces á la Bastilla, y hubo de huir á Inglaterra, donde murió muy anciano. Era muy dado á los placeres de la mesa, y su moral no era mas rígida.

2 De Montesquieu. Las *Judías* son del Marqués de Argens.

3 Claudio Adriano Helvecio, parisiense, aunque hijo de un padre virtuoso, y educado en sus primeros años con religion y piedad, y piadoso él mismo, dice Feller en su *Diccion.*, perdió las costumbres y la religion por su union y amistad con M. V., nacido al parecer para perder á su siglo y á los siguientes. La metromanía le hizo frecuentar su trato, y su trato le corrompió hasta el extremo de hacer de él un impio materialista, y un disoluto. *El ansia de su reputacion le sorprendió inopinadamente en medio de su vida voluptuosa*, dice Grim (segunda parte de su *Correspondencia*), quien despues de contar sus aventuras amorosas, añade, que creia á todas las mujeres sin costumbres, porque habia pasado su vida con las de esta clase. Tal es la austeridad de los héroes de la filosofia. Su libro de *l'Esprit* avanza hasta decir que el hombre no se diferencia de las bestias sino en que tiene manos y dedos; y el de *l'Homme* está escrito con el mismo espíritu: el primero fué condenado al momento por el Arzobispo de Paris Beaumont, por el Papa Clemente XIII, por la facultad teológica de Paris, fué quemado por mano del verdugo, etc., y sin embargo es uno de los Catecismos de nuestros filósofos. Helvecio murió el 1772. Véase el t. 2 de la *Biblioteca*, pág. 211 y 212.

que se mofan de los ministros de la Religion, y en donde están escarnecidos hasta los mas respetables y sacrosantos misterios. Un cuentecillo de estos referido con marcialidad, en términos picantes, con sarcasmos y sonrisas, pasa entre ellos por demostracion metafísica, del cual concluyen con tono audaz, que la Religion es una fábula y una pura ficcion de los clérigos y frailes. De este género de argumento fundado en el ridículo y la sátira, cuya impiedad é ineficacia ¹ tratándose de Religion, conoce todo hombre sensato, hizo mucho uso en sus dialogos Luciano ² para mofarse no solo de las supersticiones paganas, sino tambien de la Religion de Jesucristo; aquel Luciano tan respetable entre los incrédulos. Del mismo usó en Inglaterra el famoso ³ Milord Shaftesbury ⁴, y lo usan hasta causar hastío á todós los hombres

1 Pedro Bayle en el *Dic. crit.*, art. *Garase*, condena altamente á un autor católico, porque escribiendo contra los Ateos, se aleja á cada paso de la gravedad que conviene á tales materias; y se sirve de sátiras, derrama bufonadas y cuentos graciosos: ¿qué se deberá pues decir, preguntaré yo á Bayle, de aquellos que usan estas armas contra la Religion, y hacen objeto de sus bufonadas quanto hay mas augustó y venerable en la tierra, y en el cielo?

2 Conviene expresar aquí el carácter que formó de Luciano Tillemont despues de Suidas y otros muchos, así porque parece muy natural, como porque de él se infiere la verdadera imágen de muchos de los modernos espíritus fuertes. Pero estos así como le igualan en los delirios, así están infinitamente léjos del gusto fino del griego escritor en cuanto á la erudicion y elegancia. Dice así Tillemont: Luciano profesa abiertamente la impiedad, burlándose igualmente de la verdadera Religion, de que habla en diversos parajes, y de las supersticiones paganas, que demuestra ser ridículas verdaderamente. Esto es lo que le mereció el nombre de *blasfemo*, y de *ateo*. Tambien seguia la filosofia de Epicuro, que no está léjos de Ateismo, ó acaso mas bien no tenia Religion ni dogma fijo y constante, mirándolo todo como incierto y problemático, y queriendo reirse de todo.... Lo que hace sus escritos mas peligrosos, es el verse en ellos con frecuencia tan poco respeto al pudor como á la Religion. *Tom. II, Hist. des Empereurs, part. 2, art. 29.*

3 Véase á Burnet, *Defensa de la Religion*, t. V.

4 Antonio Shaftesbury, inglés, nació el 1671. Despues de haber viajado por las principales cortes de Europa oyó las lecciones de Locke, y en 1698 pasó á Holanda para ver á Bayle y los otros filósofos que pensaban como él. La reina Ana, no creyendo podia po-

sabios, el autor de las *Cartas judias*, Voltaire y otros libertinos; argumento que por lo tanto solo sirve para demostrar lo que pretendemos, es decir, que no tienen mas motivo para la impiedad que profesan, sino la corrupcion de la voluntad. Porque ¿quién sino un hombre desmoralizado y corrompido, puede reprobarnos un sistema solo porque un descarado insolente hizo de él una Cancion ó un Romance? Estudian tambien en tales libros algun sofisma contra alguna verdad fundamental de la Religion, el cual aunque mil años ha esté disuelto y desvanecido en millares de escritos, para su inexperiencia es nuevo é insoluble. Lo van repitiendo entre sus amigos y compañeros, y les parece son ya nuevos gigantes, capaces con esta espada de triunfar de la divinidad. Y aunque tales sofismas no puedan cancelar de su alma las impresiones profundas de Dios, y de la Religion, y sustituir el Ateísmo, les sirven á lo menos para hacerles creer que hay gentes en el mundo que están persuadidas de ello; gente que tiene la certeza que ellos no tienen; y gente en fin que penetre la fuerza del argumento que ellos realmente no conocen. Se persuaden que Espinosa² demuestra verdaderamente el *Panteísmo*, aunque ellos no lo entiendan; que Tolando² es un ateo invencible;

ner su confianza en un hombre que se declaraba enemigo de toda Religion, le privó del vice-almirantazgo de Dorset, que hacia bastante tiempo estaba en su familia. Seria de desear que en esto la imitasen todos los Soberanos y Principes; pues quien no respeta á Dios, mal respetará á sus representantes en la tierra. Murió al fin en Nápoles el 1713. Sus obras están llenas de todos los errores que forman el fondo de la filosofia del siglo. En lo que habla de las virtudes cristianas, se deja desde luego ver que nunca las practicó: los filósofos no se han preciado jamás de muy austeros: tiene para ellos mas atractivos el vicio que la virtud.

1 Véase sobre este impio el t. 1 de la *Bibl.*, pág. 335.

2 Juan Tolando, irlandés, aunque de padres Católicos abrazó durante sus estudios el Protestantismo. Como en esta religion no hay punto fijo, salvó todos sus límites, y en sus diversas obras enseñó claramente el Deísmo y el Ateísmo. Despues de haber corrido varias cartas de Alemania volvió á Inglaterra, donde se arruinó por sus disipaciones y disolucion: que estos héroes todos se parecen; y murió á los cincuenta y dos años en Lóndres el 1722. Su extravagancia llegó hasta suponer en Espinosa y Moisés unas mismas ideas. Por aquí se puede venir en conocimiento de las demás.

que Hobbes¹ prueba efectivamente, que la utilidad *constituye el derecho*: no obstante que ellos ó no hayan visto tales autores, ó seguramente no hayan encontrado en ellos las pruebas, que puedan conducir á una tranquila y sosegada impiedad, procuran pues fundar su propia certeza sobre la que suponen en otros, y á fuerza de repetir estas necedades, llegan á atolondrarse, acalorar la imaginacion, y ahogar la verdad interior; y repitiéndolas despues en las reuniones y tertulias, no tanto pretenden engañar á otros, como engañarse á sí mismos, y antes bien solo por engañarse á sí mismos, desean engañar á otros². El que ha tratado con algunos de estos infelices, y en especial el que ha tenido alguna disputa con ellos, conoce bien esta verdad. Nada temen por eso tanto como un racionio seguido: ceden á las primeras objeciones, y con una bufonada se salen de la cuestion; ya porque de ordinario, como hemos dicho, no han leído mas que las tesis ó índices, y ya porque se sabe que el arte de racioniar no es su prenda característica. Díganos pues ahora todo hombre cuerdo y racional, ¿si unos ateos de esta especie podran ser mirados á otro aspecto, ni tenidos en otro concepto que en el de una gente corrompida, en quien los apetitos desenfrenados son la primera causa de su obcecacion, y les hace cometer la temeridad mas injusta y abominable, cual es renunciar á la Religion, apoyados en la persuasion de otro, á quien no ven, y fiados en algun sofisma, que no entienden? Sin embargo este es el carácter de la máxima parte de los que en nuestros dias quieren pasar por incrédulos. Finalmente, si les falta el nervio de los argumentos con que sostener ó defender la impiedad, no por eso les falta la audacia, para sacar á plaza los mas vergonzosos errores, é intentar la ruina de las verdades mas importantes. Y así este atrevimiento es otra de las cosas que aprenden nuestros libertinos en los libros mencionados, en los cuales se deja ver esta audacia como un suplemento necesario para llenar el vacío de la razon; advirtiéndose siempre ser mayor, cuando es menor la ciencia; y aumentándose respectivamente por los mismos grados que la ignorancia.

1 Véase sobre *Hobbes* y su libertinaje la cita de la pág. 112 del t. 1 de la *Biblioteca*.

2 Véase *M. Murat*, *Cartas sobre el espíritu fuerte*.

VI. *Idea del carácter y del mérito de las Cartas judías.*

Las *Cartas judías*¹, por ejemplo, son uno de los mas miserables escritos que han aparecido contra la Religion en estos últimos tiempos; y sin embargo el escritor se ostenta como uno de los valerosos campeones. Las impiedades, que con profusion en ellas se derraman, solo se defienden llamando en alta voz *espíritus bajos y envidiosos* á todos los que se atreven á llegar á condenarle. Las calumnias y las sátiras con que son maltratados todos los ministros de la verdadera creencia, son las pruebas mas frecuentes con que la impugna: como si la corrupcion de costumbres de los profesores, que son hombres, pudiese perjudicar á la verdad de una Religion, que se demuestra ser divina.

¹ Su autor fué Juan Bautista Boyer, mas conocido por el título de *Marqués de Argens*: nacido en Aix de la Provenza, de un procurador general del Parlamento de aquella ciudad, su padre quiso dedicarlo al foro; pero su inclinacion lo llevó á las armas, en cuya carrera entró á los quince años. De resultas de una caída de un caballo hubo de dejar el servicio, y paso á la Holanda, donde empezó á escribir. Federico II de Prusia, que trató de reunir á todos los impios, le llamó á su corte, y le hizo su gentil-hombre de Cámara. Casose allí, y volvió despues á su patria, donde vivió como filósofo. Bayle era su modelo, y en él bebió sus sofismas contra la Religion: sus dogmas, por confesion propia, dependian de las es-taciones; ¡Religion digna de un filósofo! y así no tenia principio fijo como no fuese la licencia en el escribir, y el odio contra los Ministros del Santuario. Sus *Romances* y sus *Memorias* están llenas de hechos que no immortalizarán á su autor. Las *Cartas judías*, las *Cartas chinas*, las *Cabalísticas*, la *Filosofía del Buen Sentido*, que pudiera decirse del *Mal Sentido*, ó del *Delirio*, son las mas nombradas. Tradujo al francés tambien el *Discurso de Juliano contra el Cristianismo*, obra como de aquel apóstata. El trato que en su retiro tuvo con dos virtuosos eclesiásticos, el uno de ellos hermano suyo, le hizo entrar en reflexion sobre sus errores: su conversacion disipó sus dudas, y una enfermedad le decidió enteramente á volver á Dios. Hizo una retractación solemne de todos sus errores: reprobó sus libros; todo lo cual consta del proceso verbal inserto en las Actas capitulares del cabildo catedral de Tolon, donde la verificó, y donde murió pedidos y recibidos los Sacramentos el 11 de enero de 1771.

La persuasion además de su propio mérito, y del valor de su trabajo, es en aquel autor cosa tan cierta, que le puso en términos de exclamar desde el principio: y *¿qué importa desagradar á una manada de ignorantes, de frailes y de falsos devotos? ¿Merece acaso menos lo que estos condenan?* (Tom. 1.º Pref.) No es necesario, diré yo, ser fraile ó devoto; basta solo un poco de racionalidad y de honor, para no escribir de esa manera. En efecto, ¿quién puede sufrir á un hombre, que nacido y criado en el Cristianismo, sin átomo de razon, sin auxilio de erudicion sólida y verdadera, por solo espíritu (segun aparece) de envidia y de furor pone á cada momento á esta misma Religion, que él llama *Nazarena*, en comparacion con la supersticion judaica, y con la ley de los turcos, y despues de haberla ultrajado y escarnecido, la finge salir de la pendencia batida y afrentada? Una Religion respetada por tantos siglos de todo el mundo, autenticada con tantas pruebas, y para omitir ahora lo demás, enseñada por tantos ingenios antiguos y modernos, en cuya comparacion verdaderamente no sé qué figura podría hacer este autor? ¿Quién puede sufrir sin indignacion la afectacion maliciosa, con que se disponen muchas Cartas, y se publica en dos lenguas un cuento con mas blasfemias que palabras contra nuestro divino Legislador, y contra la pureza y el honor de su santa Madre? Es verdad, se dice luego, que esta cuento es una impostura de los Rabinos; pero ello es que se pública sin otro motivo que dar gusto á los incautos lectores como sucede con las otras novelas impuras y mordaces. ¿Quién es capaz de ver hechos objeto de los mas viles sarcasmos los ritos mas venerables y mas sacrosantos? ¿Quién las verdades mas importantes de la Religion, hechas el blanco de sofismas mil veces ya disueltos, y esto por un *Caraita* ó por otro infiel (como se conoce al fin de las citadas cartas), y en la contienda, ó por ignorancia ó por malicia del escritor, disimular las respuestas y hacer que aquellas sucumban y queden vencidas? ¿Quién puede ver despreciados los mas eminentes ingenios y mas venerables maestros, y pronunciada sentencia de condenacion, y de censura contra los mas doctos congresos, y aun contra naciones enteras, y esto por un escritor que se presenta

en el mundo con una docena de cartas *tejidas*¹ de noticias añejas : y recamadas de reflexiones triviales, de extractos del *Espía Turco*, de paráfrasis de Rousseau y de otros autores : y que si hay en ellas alguna cosa que algo valga, es lo que está ya cien veces estampado en otros libros? No se me diga que en estas cartas habla un hebreo, el cual por sostener su carácter, se explica según las preocupaciones de su secta. ¡Miserable y pueril defensa! Un hombre de honor, si no tiene valor para salir al campo contra la Religión con la cara descubierta, debe avergonzarse de hacerla un objeto de mofa y de irrisión, y de prestar su pluma á un Rabino ó á un impío, y hacerles decir unas blasfemias, que sabe bien están mil veces confutadas, y que no es capaz de sostener².

VII. *Inférese de todo esto que la corrupcion del corazon es el manantial ordinario de la impiedad.*

Estas son pues las demostraciones de que se arman nuestros libertinos, y que manejan en las concurrencias

¹ Véase la carta dirigida al autor de aquella rapsodia, y que antecede al t. VII de las *Cartas judías* de la edicion de Lausana, y de Ginebra de 1730.

² Abusaria de la paciencia de mis lectores si bubiese de citar los testimonios de muchos hombres doctos y prudentes de todos los siglos, que desaprueban fraude semejante. Se sabe cuál ha sido el parecer de todo el mundo sobre el poco ha citado Luciano, el cual siempre vomitaba sus impiedades debajo de la máscara de algun bufon : se sabe lo que escribe el Nacianceno (*Orat. III*) de Juliano Apóstata, cuando fingiéndose todavía cristiano, bajo la apariencia de disputar, defendía la idolatría, é impugnaba el Evangelio : se sabe lo que dice Focio (*Cod. 106* contra Teognosto), el cual escusaba los errores de cierto libro suyo como enunciados en persona de otro : se sabe (para recordar á nuestro *literato judaizante* un ejemplo doméstico y muy del caso) lo que escribe Gerson de aquel otro que en París en persona de un judío se mofó é impugnó el Cristianismo. Llamado ante el Arzobispo, y convencido por el Canciller, se excusó diciendo, que los había proferido en persona de un Hebreo. *Pues bien*, replicó el Canciller, *si hablaste entonces como judío, retráctate ahora como Cristiano*. Esto debía hacer el Marqués de Argens. Mas ya no está acaso en estado de ejecutarlo. * Efectivamente lo hizo antes de morir. Véase la pág. 32.

para aparecer espíritus fuertes, y hacerse formidables. La arrogancia, el desprecio y las sátiras contra la Religión y de quien la profesa, es lo mas lucido y mas fuerte que saben. « Es bastante probable, dice Pedro Bayle » *haciendo el retrato de estos*, que los que en las concurrencias afectan combatir las verdades mas comunes de la Religión, hablan mas de lo que piensan. En sus disputas tiene mas parte la vanidad que la persuasion. Se imaginan que la singularidad y la osadía de los sentimientos que defienden, les adquirirá el concepto de espíritus grandes, . . forman poco á poco cierto hábito de tener discursos impíos, y si la vida viciosa se une á su vanidad corren mas veloces por este camino. Este hábito perverso contraído bajo los auspicios ya de la soberbia, ó ya de la sensualidad, trastorna las impresiones de la educacion ; es decir, adormece el sentimiento de las verdades que aprendieron en la infancia acerca de la Divinidad, del Cielo y del Infierno. Y poco despues : aprendieron algunas objeciones ; aturden al mundo con ellas ; y hablan como charlatanes¹. » ¿Qué mas se quiere para descubrir en este estilo de los libertinos la fuente de corrupcion mas lamentable? Fomentándose esta, y prometiéndose libertad y tranquilidad en el sistema impío, se aplican á este, no guiados de la fuerza de la razon, sino auxiliados de algun mal entendido sofisma y armados de osadía y arrogancia.

CAPÍTULO II.

De la misma primera fuente de la impiedad.

I. *Carácter que afectan los libertinos.*

Nada por ventura desagrada tanto á los libertinos como el ser tenidos por tales, no por sistema, persuasion y

¹ Dic. crit. artic. *Desbarreau*.

